

Rhodes, Cayendo¹

Sally Swartz²

Universidad de la Ciudad del Cabo, Sudáfrica

En el marco del contexto de Sudáfrica, la autora se pregunta si la ruptura con el pasado marcado por la segregación y el colonialismo podría haber sucedido sin un símbolo, un enactment colectivo en su centro universitario. Se pregunta que si no tenemos una narrativa inclusiva ¿Cómo podremos construir un espacio tercero? Se analizan algunos momentos colectivos de este proceso.

Palabras clave: Espacio tercero, Enactment colectivo, Colonialismo, Segregación racial

Within the South-African context, the author wonders if could the rupture with the past marked by the segregation and colonialism have happened without a symbol, a collective enactment at its university center. She wonders if we don't have an inclusive narrative, how do we make a third space? Some collective moments of this process are analyzed.

Key Words: Third Space, Collective Enactment, Colonialism, Race segregation.

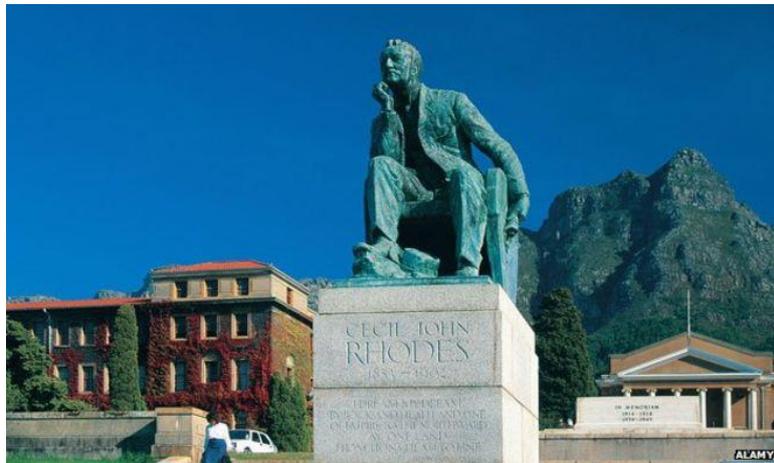
English Title: Rhodes, Falling

Cita bibliográfica / Reference citation:

Swartz, S. (2016). Rhodes, Cayendo. *Clínica e Investigación Relacional*, 10 (3): 738-749. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2016.100309

¹ Leído en la Sesión Plenaria: "Vitality in Contexts of Destruction". Plenary IV: IARPP Rome Conference, June 11, 2016: THE ARTS OF TIME. RELATIONAL PSYCHOANALYSIS AND FORMS OF VITALITY IN CLINICAL PROCESS. Traducción castellana del original inglés facilitada por IARPP España.

² Psicóloga Clínica y miembro del profesorado - Vicedecana en la Facultad de Humanidades UCT. Department de Psicología, University de Cape Town, Sudáfrica. Profesora y formadora en los cursos avanzados de la Cape Town Self Psychoanalytic Psychology Groups. Ha publicado: *Homeless Wanderers: Movement and Mental Illness in the Cape Colony in the Nineteenth Century*. Cape Town: University of Cape Town Press, 2015. Dirección de contacto: Sally.swartz@uct.ac.za



Ubicada frente a la grandeza de la Montaña de la Mesa y con vistas hacia la expansión de una Ciudad del Cabo dividida, una afluente ciudad, atractiva para los turistas de todo el mundo, alberga a su vez comunidades sumergidas en la pobreza, ésta es la Universidad de la Ciudad del Cabo. Una universidad con una larga historia, una excelente tradición de becas, un rango mundial envidiable, la universidad número uno en el África del sub-Sahara. Bajamos la mirada, sobre la península, una visión panóptica, una que muchas veces ha sido caracterizada por ser removida de la cruda realidad de las comunidades marginales, la sociedad de chozas y humo. Esta posición – con frecuencia descrita con una sola palabra: elitista – ha resonado a través de generaciones de conflicto. Somos una institución liberal, con una trayectoria record en activismo, oposición a momentos políticos anti-democráticos y un movimiento vocal anti-segregación que involucran tanto a la facultad y estudiantes desde 1970 a 1980. También hemos tenido nuestros momentos de colusión, de dar nuestras caras académicas lejos del sufrimiento claramente visible desde nuestro punto de vista de la colina. Como institución liberal creemos en el debate, en la libertad individual, en los derechos humanos; pero al parecer continuamos siendo vulnerables del peso del elitismo.

Hasta que hace poco nuestro personal y cuerpo estudiantil fueron dominados por los relativamente privilegiados, los dueños, personas con teléfonos móviles cuyo acceso a excelente educación era determinada tanto por raza como por clase. “Nosotros” estábamos cómodos con nuestro rango mundial, nuestra agenda de investigadores-líder, nuestra visibilidad en escenario global. Mientras los compromisos con la comunidad, los intentos por diversificar nuestros rangos, el diálogo crítico con el gobierno y un compromiso por “transformar” fueron siempre parte de lo que “nosotros” defendemos en

las plataformas públicas, el ritmo hacia el cambio era lento. “Nosotros” parecíamos incapaces de eliminar el manto que nos fue arrojado sobre nuestros esfuerzos por edificios cubiertos de hiedra en el molde de Oxbridge, orgullo de nuestras tradiciones, y un conjunto relativamente impensable de suposiciones acerca de lo que las universidades hacen, lo que crean y cómo deberían relacionarse a las comunidades a las que sirven. Sobre todo, “nosotros” fuimos lentos en deconstruir lo que significaba mirar hacia el norte, al Reino Unido y los Estados Unidos, por sanciones y estatus, en vez de ver hacia los conocimientos y la sabiduría de nuestro propio continente. “Nosotros” queríamos ser parte de la comunidad internacional, centrada en el norte. La idea de desestabilizar radicalmente ese estatus quo de centro y periferia apenas llegó a estar en la agenda.

¿Qué puede significar para la Universidad de la Ciudad del Cabo el mirar hacia dentro primero y después hacia su propio hogar, África, por sus valores, tradiciones y planificación futura? ¿Qué significa el enfrentar el hecho de que no existe un “nosotros”, nunca hubo un “nosotros”, nunca habrá un “nosotros” hasta que se encuentre una manera para compartir una subjetividad en común?

Antes del 2015, voces persistentes pero aisladas hicieron estas preguntas (Kamola, 2012; Ntsebeza, 2014) y para dar su debida gestión, fueron grabados como debates importantes en una variedad de planes estratégicos y de promesas, respaldados siempre por el humanismo liberal que infunde todo nuestro discurso y nos comprometió a la paradoja de los movimientos liberales en todas partes: la preservación por una parte y la responsiva hacia la injusticia y la urgente necesidad de ver hacia la cara de aquellos alienados en el otro (Orange, 2011). El 2015 rompió todo eso. La ruptura conllevaba el llegar a términos con el pasado colonial, uno que hemos preservado y defendido por más de un siglo (Swartz, R., 2011).

Este trabajo describirá la ruptura del 2015 en la Universidad de la Ciudad del Cabo y del lugar del arte en su centro. Como el material de nuestras rutinas se rasgó, hubo varios momentos, algunos pequeños y ocultos, otros que involucraron a muchos miles de estudiantes y de personal y de intenso escrutinio público, que pueden proveer a los pensadores psicoanalíticos con mucho para contemplar. Pero conforme esta revolución se vaya desarrollando, el tiempo para la contemplación aún no está con nosotros. En este breve trabajo quiero enfocarme en la apropiación, disociación y enactment; en el poder de los símbolos y de la violencia de hablar y caer en silencio (Swartz, 2007).

Rhodes debe caer

He aquí el momento decisivo. Chumani Maxwele, un licenciado en política, apoyado por colegas, arrojó excremento humano a la estatua de Cecil John Rhodes, héroe y maestro-carroñero del África colonial. El que hubiese una estatua de Rhodes, mirando pensativamente sobre la tierra de la que planeaba apropiarse, causó cierta inquietud, pero no fue hasta que la poderosa actuación de Chumani de convencer a toda una institución de ver la otra faceta de Rhodes, una Ciudad del Cabo con un legado manchado por un proyecto colonial opresivo, explotador y deshumanizante, que nos dimos cuenta de sus efectos y cómo nos han forjado como sociedad, “nosotros” hemos vivido con él, algunos de nosotros de una manera “no-yo”, confiriéndole a éste personaje el derecho de propiedad del panorama, una posición en la colina, un derecho para controlar (Bromberg, 2010).



Después de eso, las piezas de dominó fueron colapsando con rapidez. También se formuló un debate acerca de contextualizar a la estatua: al colocar placas que denotaran su oscura historia, otras obras de arte, hablando de vuelta hacia él. Pero él probó ser un símbolo unificador, en ese sentido, al hacer exactamente lo que las grandes obras de arte deben hacer. Él llamó a las multitudes a actuar; y él tuvo que irse. Él fue embalado. Y él ahora se encuentra almacenado en una habitación sin vista.

El arrojar excremento fue una extraordinaria muestra artística. Dentro de ella no había sólo una protesta contra Rhodes y contra la Universidad de la Ciudad del Cabo como una pila colonial que preserva una historia de privilegios para los blancos, sino también como un enactment de miles y miles de hogares marginados sin acceso a sistemas de alcantarillado,

forzados a usar baños desechables y vivir día y noche con el hedor de sus propios desperdicios. Las filas de batalla fueron retiradas.



¿Podría la ruptura con el pasado haber sucedido sin un símbolo, un enactment, un molesto síntoma en su centro? No lo creo. Desde la caída de Rhodes, nuestro panorama ha sido figurativa y literalmente transformado y el ritmo de la transformación nos ha dejado a todos fuera de la rutina, preocupándonos a veces sobre seguir-adelante-siendo (Winnicott, 1954), incómodos e inseguros, resonando cada uno en nuestra propia manera y acorde a nuestras historias con trauma al descubierto. Duras líneas de respuesta han sido dibujadas: por una parte, la administración protegiendo tanto la propiedad como la administración usual del proyecto académico (ahora profundamente combatida en sí misma) y por otra parte, aquellos que dieran voz al dolor negro de numerosas maneras – la alienación de esta universidad elitista, las múltiples micro-agresiones de racismo, acoso sexual y trauma, el pesar de generaciones de exclusión. La administración podría – en efecto debería – alzar la voz. El dolor negro a través del abismo tiene acceso a voces profundas y convincentes, en reuniones, aulas de clase, juntas, comités.

Ahora por fin el personal y los estudiantes blancos deben en gran medida el ser testigos y aceptar la responsabilidad de un pasado que era para su beneficio. Mientras camino sobre un campus en el cual he pasado toda una vida académica, poseo que mis sentimientos de ya no ser capaz de asumir membresía, un lugar asegurado, son simplemente un reflejo de todos los dolorosos actos de exclusión y alienación que han perturbado y traumatizado al personal negro y a estudiantes por vidas enteras (Swartz, 2012). Y en parte acepto el

principio de que el trauma no resuelto se repite, hasta que un tercero pueda llegar a ser posible (Aron, 2003; Black, 2003). Aún no hemos llegado.

Shackville

Ahora paso hacia la segunda actuación artística. A principios del 2016, en parte como resultado de la confusión del 2015, entre redacción de exámenes, cierres y de la incertidumbre sobre números de admisión, algunos estudiantes, principalmente de comunidades negras y desprivilegiadas, se encontraron en el campus sin ninguna acomodación. El movimiento *de Rhodes debe caer* irguió una choza entre las residencias más antiguas y prestigiosas del campus superior – la misma hiedra – cubría los pasillos que distinguían al campus como colonial y venerable, todos de un pedazo de pasado colonial. La choza fue rápidamente armada, bloqueando el tráfico y trajo la pobreza del municipio, con falta de acceso a una vivienda adecuada y el gran recorte de acomodación de estudiantes como foco de atención. Se volvió en un instante en un símbolo de la desigualdad económica y social; nosotros, como comunidad universitaria, continuamos en nuestro asuntos diarios al ignorar, defender en contra y disociar de.



Fue una actuación para denunciar, pero la yuxtaposición de las residencias y de la choza hinchó una división tan crudamente blasonada. Las emociones que catalizaron fueron muy volátiles para ser contenidas por ambas partes y, en una noche violenta, los retratos y obras de arte que representaban principalmente a hombres y mujeres blancos que habían presidido en el pasado colonial de la universidad fueron colocados en la pila para ser

quemados. Hubo varios incidentes de incendios, entre ellos, una bomba de petróleo que fue lanzada hacia la ventana del vicerrector. Este fue el punto en el que mantener la división era una urgente necesidad. Hubiera implicado el permitir al hacedor del hecho el seguir su curso dinámicamente pero, a su vez, el ser contenido dentro de un discurso que reconociese la culpabilidad de la institución, el derecho a las manifestaciones públicas y la importancia de continuar el proceso y el diálogo. En vez de eso, fue una implosión nocturna que fue seguida por un cansancio, irritabilidad y, para algunos de nosotros, un gran sentimiento de pérdida, una inquietante retirada hacia un lugar en donde el simple hecho de pensar se ha vuelto difícil y el pronunciar pensamientos algo aterrador. Hablando por mí, y para aquellos que han hablado conmigo, soy consciente de que los eventos del año pasado han roto más que una conexión con el pasado colonial, sino también conexiones en la confianza entre grupos, brutalmente divididos por un pasado racista y su legado en el presente.



Repetición del trauma

Hay muchas cosas por las cuales sentirse confundido y preocupado en esta historia y aún seguimos en este despliegue de los hechos. El tiempo nos ayudará mientras sigamos buscando una versión de los eventos sobre las múltiples y disputadas versiones que ahora nos confrontan. Existen, por supuesto, verdades contradictorias y en este volátil espacio discursivo ha caído estratégicamente un rumor y desinformación compuesta por una activa comunidad de medios sociales. Académicos y activistas están marcando una rica herencia de sabiduría que ha guiado y moldeado tales dolorosas coaliciones en el África colonial y postcolonial. A pesar del encubrimiento temporal, que se siente como disociativo, nos hemos aventurado más adelante hacia algo y estamos sobreviviendo. Nunca he estado más esperanzada acerca de una generación de estudiantes al verlos luchar contra las decisiones morales, éticas y políticas que los confrontan.

A pesar de los intentos y del valioso trabajo de la Comisión de Verdad y Reconciliación inmediatamente después de la segregación social, la concentración de riqueza en las manos de una pequeña minoría de la población sudafricana ha perpetuado una situación en la cual la mayoría de las personas viven en pobreza, con pobre acceso a los servicios de salud, a una adecuada educación y vivienda, además de una alta tasa de desempleo. Hay muchas maneras diferentes en las cuales los efectos traumáticos de pasadas inequidades se reproducen, generación tras generación, más de cien años de opresión. Nuestro campus, en mantenerse fieles a una idea de "universidad", apuntaron fundamentalmente hacia libertad académica, compromiso a la creación de conocimiento y a una especie de elevada separación de los contextos sociales y políticos que nos rodean y que han perpetuado de manera impensable esta opresión de numerosas maneras. Formas de excelencia, tanto en la enseñanza como en investigación han buscado alinearse con los estándares internacionales y esto inevitablemente anuló la posibilidad de una búsqueda de conocimiento local. Su currículo, estructuras de grado, rituales y herencias han permitido que encajen aparentemente en una prestigiosa lista de las principales 120 universidades del mundo. Esto, y una rica red de lazos internacionales, han conllevado tanto a financiamiento y seguridad, pero también ha sido fiel a un modelo institucional con fuertes líneas de continuidad con el pasado colonial y una afiliación con las universidades hermanas del hemisferio norte. El movimiento de *Rhodes debe caer*, en un llamado por descolonizar la universidad, estaba demandando que todo esto debería cambiar. En particular, estaba insistiendo en un programa de transformación radical, una que permitiese que los estudiantes sudafricanos negros pudieran experimentar un sentido de pertenencia y de propiedad de la universidad en su etapa de estudios.

Esto no era una demanda modesta ya que constituía nada menos que una ruptura con el pasado. Es aquí en donde la sabiduría de la teoría psicoanalítica es útil. Ha sido mediante la repetición del trauma, la representación de la dinámica de opresión y alienación y la expresión visceral del dolor causado por cada uno que primero hizo que la universidad se paralizara y después nos movilizó a todos la ira, aunque imaginando la posibilidad de una diferente institución en conjunto. Algo crítico para este cambio ha sido la manera en que la comodidad de pertenecer y de identificarse con el espacio ha sido retirado abruptamente de algunos privilegiados, yo misma entre ellos. El experimentar la repetición con su incomodidad y considerable ansiedad, ahora soy extremadamente consciente de que también me han dado acceso a un entendimiento y a una profundidad de sentimiento con el que debo de vivir con todo mi cuerpo y tomarlo como una demanda de que los contornos

más profundos de mi subjetividad cambien. Rompiendo mis votos de complicidad y disociándome del trauma del todo simplemente no sería suficiente.

Creado un tercer espacio: memoria, arte



En las cuentas de la acción en masa del movimiento de *Rhodes debe caer*, la cual fue rápidamente seguida por demandas de que los empleados de la universidad fueran despojados de recursos y de que se diera un alto a los aumentos de los costos de la universidad año tras año, la administración de la universidad se comprometió extensamente en negociaciones con estudiantes y organizaciones de trabajadores. Mientras sucedía esto, fui testigo de una serie de confrontaciones en las cuales el vicerrector y su equipo administrativo fueron sujetos de parar las protestas, abuso verbal, ocupación de la oficina, interrupción de las juntas en todos los niveles y constantes amenazas de violencia. Como polo de una altamente volátil dinámica de hacedor-hacer, los puestos administrativos fueron acusados de lidiar con verdades a medias y de buscar medios opresivos para mantener el estatus quo. Sin embargo, también fui testigo de un diálogo ininterrumpido: dolor, entrecortado en ciertos momentos, pero cara a cara. Ha habido victorias substanciales de las fuerzas del cambio, pero también contra todas las probabilidades, la supervivencia y el mantenimiento del marco por la administración mientras este violento enactment surge hacia adelante.

Ha pasado un año desde el movimiento *Rhodes debe caer* y los niveles de contestación se mantienen elevados, aunque en algunos asuntos creo que como comunidad estamos inhabilitando un espacio sordo y disociado en vez de uno en que seamos capaces de alcanzar un tercio reflexivo.



Asimismo, los eventos del año pasado han aparecido como sufrimiento y trauma en los individuos, así como depresión, ansiedad y suicidio que están rompiendo nuestros escasos recursos. Estamos en muchos asuntos simplemente en necesidad de sostén, en ese vulnerable y regresivo espacio el cual Winnicott nos advierte que es caso administrativo más que de análisis lo que debemos ser primeramente (Slochower, 2013; Winnicott, 1989). Me he preguntado hace meses acerca de lo que podría ayudarnos en constituir un tercer espacio. Comenzamos con una estatua, y aparentemente encaja con eso, a medida que avanzamos miramos el arte, ampliamente definido, para proveer un espacio para recordar y reflexionar. Habrán muchas estrategias, pero esta es la que tiene un significado simbólico más profundo (Stern, 2013).

En el aniversario de la caída de la estatua de Ciudad del Cabo, El movimiento de *Rhodes debe caer* y el Centro de Estudios Africanos planearon una exhibición en parte fotográfica y en parte actuada de los eventos del 2015. Esto se sintió como un momento en el que la memoria del público pudiera constituirse como un objeto de reflexión; la exhibición sería ese tercero, las fotografías, muchas de las cuales fueron compartidas extensamente en los medios sociales en su momento, con un nuevo contexto y hablando más allá de un simple registro a una coalición, traedor de verdades, un eco de la recámara de sentimientos y acciones. En otras palabras, la exhibición vendría a hacer lo que una obra de arte debe hacer: hablar una verdad que recolectara significado, ser receptiva en contener las contradicciones traídas por la mirada y conjurar reflexión.



Tal vez fue demasiado pronto. La exhibición estaba en proceso de ser abierta cuando tuvo que ser cerrada. Un pequeño grupo, El Colectivo Trans², algunos desnudos otros en bragas, entraron, hablaron, esparcieron pintura roja en las fotografías, se acostaron sobre el suelo desafiando a la audiencia para dar un paso hacia atrás de sus cuerpos desnudos. “Esta exhibición está tomando lugar en una muy reciente y aún fluido contexto político. Esta exhibición no es un marcador de un pasado evento histórico que ya ha terminado y que pueda representarse tan claramente detrás de cristales en marcos de madera. El movimiento *Rhodes debe caer* es muy reciente y la acción política agregada a esta exhibición por el Colectivo Transgénero es parte importante de ello y debe ser incluido también”.

Su mensaje: esta no es nuestra memoria. Nos oponemos a ser dejados de lado de un movimiento que vemos como fundamentalmente patriarcal. Más diálogo. ¿Una exhibición más inclusiva? Y una pregunta: en estos espacios contestados, ¿Quién, Qué, es memoria o historia? Y sin una estable narrativa para ambos, ¿Cómo crearemos un tercer espacio?

REFERENCIAS

- Aron, L. (2003). The paradoxical place of enactment in psychoanalysis: Introduction. *Psychoanalytic Dialogues*, 13(5), 623-631.
- Black, M. J. (2003). Enactment: Analytic musings on energy, language, and personal growth. *Psychoanalytic Dialogues*, 13(5), 633-655.
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1), 5-46.
- Bromberg, P. M. (2010). Minding the dissociative gap. *Contemporary Psychoanalysis*, 46(1), 19-31.
- Ntsebeza, L. (2014). The Mafeje and the UCT saga: unfinished business?. *Social Dynamics*, 40(2), 274-288.

- Orange, D. M. (2011). *The suffering stranger: Hermeneutics for everyday clinical practice*. Routledge.
- Slochower, J. A. (2013). *Holding and psychoanalysis: A relational perspective*. Routledge.
- Stern, D. B. (2013). *Unformulated experience: From dissociation to imagination in psychoanalysis* (Vol. 8). Routledge.
- Swartz, R. (2011) 'Good citizens and gentlemen': public and private space at the South African College, 1880-1910. Unpublished Masters thesis, UCT.
- Swartz, S. (2007). The power to name: South African intersubjective psychoanalytic psychotherapy and the negotiation of racialized histories. *European Journal of Psychotherapy and Counselling*, 9(2), 177-190.
- Swartz, S. (2012). The broken mirror: Difference and shame in South African psychotherapy. *International Journal of Psychoanalytic Self Psychology*, 7(2), 196-212.
- Winnicott, D. W. (1954). Metaphysical and clinical aspects of regression within the psychoanalytic set-up. *Collected Papers: Through Pediatrics to Psychoanalysis*.
- Winnicott, D. W. (1989). *Holding and interpretation: Fragment of an analysis* (No. 115). Grove Press
- Original recibido con fecha: 6-06-2016 Revisado: 30-8-2016 Aceptado: 31-10-2016

NOTAS:

¹ Todas las fotografías descargadas de: <https://www.facebook.com/RhodesMustFall/photos> y de <https://www.facebook.com/transfeministcollective/photos>

² El Colectivo Trans es una organización dirigida por estudiantes que dan prioridad a los derechos de los alumnos transgénero, entre sexos y a los que no están conformes con un género de la Universidad de la Ciudad del Cabo.